

## La diversión y la disciplina

ANNA BIKONT y JOANNA SZCZĘSNA: *Trastos, recuerdos. Una biografía de Wisława Szymborska*. Pre-Textos, Valencia, 2015, 676 pp. Traducción de Elzbieta Bortkiewicz y Ester Quirós.

Es celeberrima aquella cita en la que Octavio Paz afirmaba que los poetas carecen de biografía, y, sin embargo, ¡cuánto nos gusta leer las vidas de nuestros poetas favoritos!, ¡qué placer el de asomarse a sus diarios, sus cartas, sus apuntes misceláneos, o a todo aquello que sus allegados o estudiosos hayan querido decir de ellos!, ¡qué lecciones pueden extraerse de esa particular y a menudo indiscreta visita a su taller!

Las periodistas polacas Anna Bikont (Varsovia, 1954) y Joanna Szczęsna (Łódź, 1949) trataron a Wisława Szymborska durante quince años, desde poco después de que le concedieran el Premio Nobel de Literatura en 1996 hasta su apacible muerte en febrero de 2012, y desde el principio quedó claro que la intención era poder escribir una biografía tan completa y meticulosa como esta que ahora se publica en España, algo que sin duda debió de horrorizar a la gran poeta cracoviense, tan persuadida de la poca relevancia de sus andanzas, e incluso posiblemente tan poco segura respecto a sus magníficos poemas, aunque se resignó ante la abrumadora y creciente admiración hacia su obra, y acaso consciente también de la simpatía, el particular encanto y la curiosidad que despertaba su persona. Una primera versión de este libro fue publicada muy pronto, en 1997, y la propia poeta participó con timidez en su promoción. Sólo en 2012, poco después del final, pudo salir a la luz en Polonia la versión definitiva, que, con una iconografía abundante e impagable (dadas las divertidas ocurrencias de la poeta, así como sus famosos *collages*...), es la que podemos leer ahora nosotros gracias al impecable trabajo de la editorial valenciana Pre-Textos.

El retrato de Szymborska que obtenemos en estas más de seiscientas páginas es completísimo, chispeante y tierno. Aparte de unos breves apuntes prologales sobre sus antepasados (que, felizmente, no son muy profusos) y de enterarnos aquí y allá de detalles significativos como que, como buena poeta, no cocinaba ni conducía, detestaba los trámites administrativos o no apreciaba demasiado el teatro (aunque “me gusta leer obras de teatro, porque al leerlas yo misma las dirijo”: p. 249), así como de filias literarias generales (de adolescente había estado enamorada de Sherlock Holmes, adoraba *Los papeles del Club Pickwick* de Charles Dickens, su escritor favorito era Montaigne...), lo más meritorio y útil de este libro es el modo como se recrea esa atención completamente excepcional que Wisława Szymborska, de un modo natural, sin proponérselo, dedicaba a detalles ante los que pocos se detenían. Una biografía de un poeta ha fracasado cuando no ayuda de forma sustanciosa a comprender la obra poética del retratado, y en este sentido creo que las autoras han andado muy perspicaces. Por ejemplo, se recoge la sorpresa de alguien que la sorprendió leyendo cierto *Anuario Estadístico*, ante la cual ella repuso que es necesario hojearlo todo (p. 94). En esa actitud hay un espíritu tan curioso como juguetón que explica esa larga serie de reseñas de libros poco visibles (o a veces directamente estafalarios) que Szymborska publicó bajo el rótulo general de “Lecturas no obligatorias”, monumento de amor a la lectura

gozosa y asistemática y todo un modelo para quienes estamos convencidos de que la crítica literaria, en potencia, es la más sutil y elegante forma de autobiografía.

En cuanto a la comprensión cabal de la poesía de Szymborska, probablemente el capítulo más revelador sea el noveno, donde se analizan sus quince años de trabajo como coordinadora de la sección de poesía de un suplemento literario. Las columnas donde la autora respondía a quienes enviaban y ofrecían versos para su publicación son todo un festival de la inteligencia y del humor de mejor estirpe, así como una fuente estupenda para entender mejor la poética de la redactora, que era brillante y sagaz en todos sus textos (un amigo, refiriéndose a esa controvertida juventud comunista que, por supuesto, también se aborda en el libro, defendió que “incluso cuando deliraba sobre Stalin, sus delirios eran buenos”: p. 146). Así, leemos divertidísimas e iluminadoras respuestas como esa en la que explica que “nos entristece que trate usted el verso libre como la liberación de cualquier rigor. [...] La poesía era, es y será siempre un juego, y no hay juego sin reglas. Lo saben los niños, ¿por qué los adultos lo olvidan” (p. 221). Además, pensaba que “no se debía sucumbir en exceso a las emociones” y “aconsejaba mirar con lupa las palabras y hacer uso de las grandilocuentes con el comedimiento de un boticario” (pp. 222-223). Desde las primeras líneas del libro hemos sabido que se trataba de alguien que, con razón, “consideró que todo lo que tenía que decir sobre sí misma estaba en sus poemas” (p. 9) y que no gustaba de reseñar libros de versos (“Para mí, hay algo irritante en la facilidad con que los poetas escriben sobre la poesía”: p. 279) ni, desde luego, opinaba en público sobre poetas vivos, y mucho menos sobre sus propios logros (recordaba aquella memorable frase en la que Goethe explica que “el poeta sabe qué es lo que quería escribir, pero no sabe qué es lo que ha escrito”: p. 324). Por otro lado, “no le gustaban los recitales poéticos, y no porque menospreciara al público, sino porque no se aceptaba a sí misma en ellos” (p. 502), y “no comentaba reseñas ni disertaciones sobre su poesía y tampoco hacía referencias a ninguna reacción de los lectores, aunque a veces decía algo que hacía suponer que era consciente de ellas” (p. 331).

El libro se va desplegando a través de capítulos monográficos consagrados a ese marido que dejó de serlo sin dejar por ello de ser un gran amigo y cómplice, a ese otro amor posterior que sería definitivo, a los viajes, a los traductores, a ese ingenioso y joven secretario que contrató tras el Nobel, a su pasión por los animales, a las bromas privadas de esa admirable anfitriona y esa atentísima amiga que fue siempre Szymborska (aunque no felicitaba los cumpleaños, pues, como dijo en unos versos, “Prefiero aniversarios no redondos / para celebrar a diario”: p. 630). En ese sentido, es probable que se dedique una atención algo desmesurada a temas tal vez llamativos y simpáticos pero muy anecdóticos, y no hay modo de comprender que haya muchas más páginas y reflexiones sobre su tendencia a escribir *limericks* y muchos otros subgéneros de intrascendente poesía humorística (que se citan con profusión, así como las réplicas de sus bienhumorados amigos) que intentos de analizar con cierta profundidad su poesía publicada y seria, aunque se recogen opiniones de críticos y algunos pocos fragmentos de reseñas de sus libros, como esos que hablan de su “profundo convencimiento de que tiene sentido leer el mundo” (p. 265) o de “la sensación de infinitud del mundo y el convencimiento de que todo es importante” (p. 370).

El lector español, aparte de contar con un apéndice donde se recoge la “Bibliografía en español de Wisława Szymborska” (que ya ha quedado desactualizada, pues este mismo año Nórdica Libros ha publicado la selección *Saltaré sobre el fuego*, con ilustraciones de Kike de la Rubia, y en Visor ha aparecido otra *Antología poética*), se queda con las ganas de saber algo más sobre esa escapada a España que hizo en

otoño de 1967, recogida en la cronología pero no desarrollada en el capítulo sobre la Szymborska viajera. Lo que sí sabemos es que en esa misma travesía estuvo en Collioure, y después escribió que “Machado se me antoja un tesoro local, una grandeza inamovible, el secreto del paisaje español” (p. 296). Además, las autoras recuerdan que en 2009 Patxi López juró su cargo de lehendakari citando versos de Szymborska, y en otro sitio reprochan sutilmente a Abel Murcia y Gerardo Beltrán (los traductores habituales al español) su decisión de titular *Hasta aquí* el libro póstumo, pero me parece que es porque nadie ha explicado a las polacas que la expresión "hasta aquí" puede significar exactamente lo mismo que esas otras opciones que ellas hubieran preferido, las más literales “Suficiente” o, mejor, “Ya basta”.

JUAN MARQUÉS

---